

Siguiéndole siempre, Jorge se decía que sin duda tenía delante de sí á otro segundo mensajero, inconsciente como el primero, de la misión que le habían confiado.

Se engañaba: de repente, después de haber pasado por delante de los Mercados, en la esquina de la calle de Rambuteau, el desconocido se detuvo bruscamente y se volvió de frente á Jorge.

XXVII

Eran las once de la noche: las calles de París empezaban á estar desiertas; Jorge, no pudiendo ocultarse ya entre los paseantes, había llamado al fin la atención del hombre á quien seguía.

Este, según todas las probabilidades, no era quien había escrito á Marcela; ignoraba la petición de mil francos y no sabía que la carta contuviese aquella suma. Sin embargo, se le había aleccionado, le habían recomendado tomase precauciones y una gran reserva. Era, como Jorge se figuraba, un simple mensajero,

pero de confianza, iniciado en parte en ciertos secretos.

Al verle detenerse y hacerle cara, Jorge, felizmente, no perdió su sangre fría. Fingió no haberse apercebido de aquel movimiento, continuó su camino sin la menor vacilación, y se metió por la calle de Rambuteau.

Ocurrió lo que había previsto: el joven quedó seguro de que no era sino algún transeunte que se retiraba á su casa, y como la calle de Rambuteau le había de conducir adonde él se dirigía, siguió también por ella. Ahora era él quien seguía los pasos de Jorge, y éste se felicitaba de aquel cambio de posición, porque se acordaba de un consejo dado por uno de los sabuesos más finos de la policía: «La mejor manera de seguir es ir delante.»

No estaba hecho todo, sin embargo. Mientras uno y otro fuesen por la misma acera, Jorge no tenía cuidado ninguno; gracias al silencio de las calles, á los pocos transeuntes que por ellas andaban, no tenía necesidad de volverse para saber que su billete de banco iba detrás de él. Le oía, le veía, por decirlo así. Pero desembocan muchas vías en la calle de Rambuteau. El desconocido podía tomar un camino transversal y desaparecer bruscamente. Jorge se puso en guardia: en todas las

esquinas de las calles detenía el paso, tratando de hacer el menor ruido posible, para darse cuenta de los movimientos de su adversario.

Después de haber atravesado la calle de Saint-Denis, el *boulevard* Sebastopol, las calles de Quincampoix, Saint-Martin y Beaubourg, tuvo el placer de convencerse de que no había dejado de ir por la calle de Rambuteau y que le seguía todavía.

¿Pero cuándo se detendría? ¿Aquella larga correría, atravesando á París, no tendría fin? Jorge no se había acostado la noche anterior consagrando todo el día á sus amigos; se sentía cansado, y por momentos se decía con ansiedad, si sería que el desconocido le siguiese de veras, aguardando para escaparse el momento en que le viese caer muerto de cansancio.

Sus temores no se confirmaron: al poco rato el portador de la carta dejó la acera de la derecha, que había seguido desde que llegó á los Mercados, atravesó la calle de Rambuteau y entró en la del Temple. Jorge se dió cuenta de aquel movimiento, pero hizo como que no se había enterado de él. Continuó su camino en una extensión lo menos de diez metros. Cuando creyó que no se le podía ver, se paró de repente, deshizo el camino recorrido, y apos-

tándose en el ángulo de la casa que forma la esquina de las dos calles nombradas antes, miró delante de sí.

El joven andaba aún sin aparentar sospecha ninguna. Entonces Jorge dejó su observatorio y andando pegado á la pared, confiando en la oscuridad para no ser descubierto, tomó á su vez la calle del Temple. Comprendía que llegaba ya el fin de la empresa que había acometido, ó al menos al final de su correría; el mensajero debía pararse evidentemente en una de aquellas callejuelas, porque si hubiese tenido intención de volverse de nuevo hacía tiempo que podía haberlo hecho.

Jorge no se equivocó: se encontraba ya en el pasaje de Saint-Avoye y, oculto en el esquinazo, espiaba de nuevo al desconocido, cuando éste, de repente, dió la vuelta hacia la derecha, metiéndose en la calle de Braque.

Jorge siguió sus huellas; la calle que había empezado á recorrer tenía unas cuantas casas nada más: era preciso llegar á ella bastante pronto para saber en qué puerta se paraba, y lo bastante tarde para que no fuese descubierto, si, por prudencia, tenía la idea de volver la vista atrás antes de meterse en la casa.

Cuando llegó á la esquina, la calle estaba desierta. El joven había desaparecido. Pero el

ruido de una puerta que se cerraba hizo comprender á Jorge que había entrado en el número 9.

Detúvose. ¿Qué iba á hacer? ¿Haría que le abriesen la puerta? ¿Sería recibido? Eran más de las doce de la noche, la portera debía estar acostada hacía rato, las luces estaban apagadas. La casa tenía mal aspecto; ¿no era una imprudencia ir más lejos? ¿No podría encontrarse fácilmente al día siguiente á aquel cuyas señas conocía ya?

Al mismo tiempo se decía que estarían esperándole con impaciencia sus amigos. Pero iba á ir á juntarse á ellos sin tener noticias que llevarles, sin poderle dar ninguna razón de los pasos que había dado? ¿Si se habría engañado, si habría juzgado mal al firmante de la carta, si sería sincero ese hombre? Después de haber recibido los mil francos, devolvería á la niña ó iría á ponerles en aptitud de seguir sus huellas? ¿Tendría valor para estar hasta el día siguiente en aquella incertidumbre y dejarles en ella á aquel padre y á aquella madre desconsolados?

Jorge era demasiado resuelto para dudar más tiempo. Llegó hasta la casa número 9, y como no veía campanilla, cogió el llamador de la puerta y llamó por dos veces.

La puerta se abrió al poco tiempo y entró en un patio completamente á oscuras.

No sabía hacia qué parte dirigirse, hasta que le pareció ver cerca de él y á su derecha, un débil resplandor. Se dejó guiar por él, y se encontró delante de una vidriera que debía pertenecer á la portería.

Llamó en los cristales y no le contestaron.

Entonces buscó el picaporte, dió con él y abrió.

—¿Quién va?—dijo una voz de mujer.

—Uno que desea saber una cosa—respondió Jorge.

—¡A tales horas! ¿Os queréis burlar? No se viene á media noche á incomodar á las gentes para eso.

—¿Y para darlas dinero?

—¡Dinero! ¿Qué dinero es ese? ¿Dónde está?

—Le veréis en mi mano, y pasará muy pronto á la vuestra si encendéis una luz.

—Bueno; encenderé.

Muy luego la mujer á quien había despertado Jorge pudo divisarle, y con esa perspicacia particular que tienen las porteras parisienses, comprendió al momento que tenía que habérselas con un hombre formal.

Jorge se apresuró á confirmarla en su opinión.

—Ante todo, aquí tenéis el dinero prometido—dijo, echando una moneda de oro sobre el mármol de la chimenea.—Es para pagaros de algún modo la incomodidad que os vengo á causar á estas horas. Ahora, si queréis ganáros otros veinte francos, responded á mis preguntas. ¿Qué inquilino es el que hace cinco minutos acaba de entrar aquí?

—¿Ha entrado alguien?... No lo sabía. ¿Estáis seguro de ello?

—Segurísimo.

—Será posible. Estaba durmiendo, y habré tirado maquinalmente del cordón que abre el el picaporte... ¿Qué señas tiene?

—Es un joven de diez y ocho á veinte años, de poca estatura, y lleva un sombrero ancho.

La portera reflexionó un segundo, y dijo:

—¡Ah! es el hijo del inquilino del sexto piso. No hay nadie en la casa más que él que tenga las señas que habéis dado. ¡Calla! pues no sabía yo que había salido... ¡Ah! habrá ido á llevar alguna carta del señor Richard.

—Precisamente con motivo de una carta recibida esta noche es para lo que quiero hablar con ese Richard.

—¿No es al pequeño á quién buscáis?

—No, es al mismo señor Richard. Había

olvidado el apellido, y por eso he tenido que incomodaros. Aquí tenéis los otros veinte francos que os había prometido.

Gracias á su buena presencia y á sus liberalidades, Jorge, al cabo de un instante, pudo obtener las noticias que deseaba y subió la escalera de la casa. La portera, no queriendo quedar mal con él, le dió para que alumbrase su ascensión una palmatoria grasienta, roída por el cardenillo.

Al llegar al sexto piso, buscó la puerta que le habían indicado.

La llave estaba puesta en la cerradura. Sin embargo, llamó.

No respondió nadie y la abrió.

XXVIII

Jorge de Saire se encontró en una pieza pequeña y oscura que separaba la sala de la escalera. Su palmatoria le permitió ver otra puerta y llamó en ella.

—¡Entra!—dijeron detrás de la puerta.

El señor Richart se engañó evidentemente,

creía sin duda que era el joven mensajero que le había traído la carta, y que deseaba entrar de nuevo.

Jorge se apresuró á aprovecharse de aquel error y entró en el cuarto.

Era una pobre buhardilla sin chimenea, amueblada con un armario de pino pintado, una mesa vieja, tres sillas de paja completamente deterioradas y una cama de hierro muy estrecha, en la que se veía un jergón y una manta entretelada.

Delante de la mesa y cerca de la ventana, que estaba abierta, había un hombre sentado. Vuelta la espalda á Jorge, parecía absorto en la contemplación de un papel que tenía en la mano. Jorge se inclinó y vió un billete de Banco.

Richard, creyendo hablar con otra persona, decía:

—Irás á cambiarme este billete mañana temprano, y te daré los cincuenta francos que te prometí.

—Dispensadme—dijo Jorge adelantándose;—antes de mostráros tan liberal con ese dinero, sería bueno saber si os pertenece y si lo habéis ganado.

Volvióse aquel á quien Jorge se dirigía, cogió el billete con mano febril, se lo metió en

el bolsillo, y mirando á Jorge con inquietud, exclamó:

—¿Quién sois? ¿Cómo habéis entrado aquí?

—Por la puerta y porque me habéis dicho que pasase—contestó Jorge sin turbarle.

—¿Qué deseáis?

—La niña que habéis prometido entregar.

—¿Qué niña? No sé lo que queréis decir.

—¿No sois vos el que ha escrito á la señora de Baud, á la calle de Amsterdam?

—No, no soy yo.

—Entonces, ¿cómo es que habéis recibido la respuesta dada por aquella señora?

—¿Su respuesta?

—Sí. Está en ese sobre desgarrado que aún se ve ahí. Mirad, aquel papel que hay tirado junto á la cama. Veo en él un sello, sin hablar del billete de Banco que ahora mismo estabais examinando. Vamos, decidíos, y entregadme la niña ó dadme noticias de ella.

El inquilino de la buhardilla guardó silencio. Le parecía inútil evidentemente negar por más tiempo; su interlocutor estaba demasiado al corriente de lo que había hecho.

—¿No respondéis nada?—dijo Jorge.

—No tengo ninguna niña que devolveros—dijo Richard, bajando la cabeza,—ni tengo noticias que poderos dar.

—Estaba convencido de ello —replicó Jorge.—Entonces devolvedme mi dinero.

Al oír estas palabras, aquel hombre se enderezó; metió la mano en el bolsillo, donde tenía guardado el billete de Banco, como si quisiese defenderle, dió un paso atrás y miró con fijeza á Jorge.

Chocándole á éste su actitud, y la energía que se retrataba en su fisonomía, le miró por espacio de un minuto.

Encontrábase frente á un hombre de elevada estatura, de espaldas anchas y desarrolladas y de pecho abultado y potente. A pesar de tener la ventana de la buhardilla abierta y sentirse el frío de la madrugada; hacía un calor tan sofocante en aquella habitación, que su inquilino tenía por todo vestido una camisa y un pantalón, sujeto por un cinturón de cuero. Aquel traje permitía adivinar el vigor y la elegancia de su cuerpo. Sus brazos desnudos parecían, á pesar de la finura de sus muñecas, estar dotados de irresistible fuerza; la anchura de su cabeza, colocada sobre un cuello cortó y musculoso, pero gracioso y bien cortado, no quitaba á su talle ni flexibilidad ni distinción; sus piernas, gruesas y nerviosas á la vez, terminaban delicadamente.

Sus cabellos, de color negro azabache, finos

y rizados naturalmente como si fuesen de mujer, el bigote sedoso, la vivacidad de la mirada, el color de sus labios á través de los cuales se veían dientes blancos y sanas encías, indicaban que el sujeto á quien apellidaban Richard debía tener de veinticinco á veintiocho años. Sus facciones no podían suministrar indicios ciertos sobre ese particular: su semblante se veía cubierto de los hoyos que dejan la viruela.

La nariz, las mejillas, la barbilla, estaban agujereadas de un modo horrible; la enfermedad se había mostrado inexorable. Sin embargo, á pesar de aquellas cicatrices y de aquellas profundas cavidades, las líneas de su rostro tenían tal pureza, que aún se podían admirar.

Aunque Jorge no podía tener simpatía alguna al sujeto que había escrito á Marcela, le era difícil, al mirarle, no compadecerse de él. Aquel hombre había sido herido en todo el vigor de su fuerza y de su belleza. Al lado suyo se experimentaba el mismo sentimiento que inspira la vista de un hermoso árbol, lleno de savia, de vigor y de lozanía, que acaba de ser destrozado por un rayo. El tronco no ha muerto aún, es magnífico todavía. Pero sus ramas más altas han caído á tierra, el follaje ha sido quemado y se ve despojado de su más

preciado adorno. Lo que de él queda no basta para que su vista agrade; pero hace recordar su antiguo esplendor y obliga á que se le mire con cierta veneración y cierta tristeza.

Jorge se puso en guardia contra la especie de enternecimiento que se había apoderado de él, y volviendo á reanudar la conversación donde había quedado en suspenso, le dijo:

—Os he pedido que me devolváis el dinero, puesto que no podéis darme nada á cambio de él.

—No, no lo devolveré—respondió Richard con voz firme.

Hizo cierto ademán Jorge, y creyendo que quería arrojarse sobre él, se puso á la defensiva.

—¡Oh, estad tranquilo!—le dijo el primero,—no tengo intención de ejercer la más mínima violencia sobre vos. Estáis en vuestra casa, y no tendríais más que dar voces de «¡ladrones!» asomándoos á esa ventana que está abierta, para que yo, el robado, fuese detenido. Pero, al salir de ésta, nada hay que me impida presentar una demanda contra vos. Y mañana vendrá la policía á haceros una visita.

—Mañana ya no estaré aquí—replicó Richard.

Miró á su alrededor, sonrió tristemente y añadió:

—¡Para lo que dejo aquí!...

Aquella mirada, aquella sonrisa, impresionaron á Jorge á pesar suyo. Y replicó con voz menos ruda y casi conmovida:

—Podréis escaparos de la policía, lo concedo; pero, ¿podréis veros libre de remordimientos cuando penséis, no en los mil francos, sino en el dolor que habréis causado?

—¿Qué dolor?—balbuceó el joven.

—El que sufrirá esa madre que acaba de perder á su hija adorada. Ella la busca, la llora, y la habéis dicho que podríais devolverla. Yo ya la había anunciado que no debía tener confianza en aquella promesa; he adivinado lo que era y el *timo* que la habíais de dar. No ha querido creerme: confía, espere en vos aún. Y ahora tendré que ir á verla para decirle: «No me había engañado; habéis sido víctima de una odiosa intriga; no os traigo á vuestra hija; tenéis que buscarla sin descanso.» ¡Ah! para cometer tan mala acción, ¿teníais necesidad de dinero?

—Sí, replicó el joven, tenía necesidad de él, no por mí, sino por ella. ¡Yo puedo morir, pero no quiero que ella muera!

Brillaban lágrimas en sus ojos.

Jorge, asombrado, le interrogaba con la vista.

De repente Richard tomó una resolución: cogió del brazo á Jorge, le llevó á una puerta falsa que había en un rincón de la habitación, y después de haberla abierto, le hizo pasar delante de él.

XXIX

El cuarto donde entró Jorge estaba tan mal amueblado como el otro, pero presentaba un aspecto muy distinto. La primera pieza parecía estar dedicada á su miseria, y no tenía ningún interés en disimularla. En la segunda, por el contrario, una mano cuidadosa se había entretenido en disimular el deterioro de los muros y la pobreza de los muebles. Cortinas de muselina de resplandeciente blancura, ocultaban la estrecha ventana. En un rincón se veía brillar la caoba de una cómoda antigua á la luz de la lámpara que Richard tenía en la mano. El piso de la habitación estaba cubierto con una alfombra vieja, y descolori-

da, pero que preservaba del frío y de la humedad. Sobre una mesa de madera blanca y bien limpia se veían diferentes objetos colocados con orden: una botella llena de agua cristalina, un vaso de metal inglés, de tal modo reluciente que parecía plata, y una lamparilla de alcorca, de loza, que tenía encima un receptáculo donde se calentaba alguna bebida.

En el centro de la habitación, frente á la ventana, se veía una cama pequeña de hierro, con una varilla para sostener unas cortinas iguales á las que había en la ventana, que le rodeaban y le cerraban herméticamente, pero la transparencia de la muselina permitía divisar el cuerpo de un niño que yacía tendido en aquella camita.

Jorge hizo un movimiento de sorpresa. ¿Había encontrado la niña que buscaba? ¿Era la que veía?

Richard comprendió su pensamiento, y le dijo en voz baja:

—No es ella. Es hija mía.

Seguido de Jorge se aproximó al lecho, marchando de puntillas, y mientras que con una mano tenía la lámpara, con la otra separó las cortinas suavemente y con infinitas precauciones.

Jorge se inclinó y vió una carita delgada y